



Es un auténtico museo al aire libre que aún está a la espera de su total rehabilitación, pese a que, desde hace algunos años, la Administración municipal se ha concienciado de la riqueza artística e histórica que esconden los cementerios de Barcelona y de la necesidad de velar por su preservación.

## El cementerio de Poblenu: memoria de la Barcelona contemporánea

TEXTO  
**Daniel Venteo**

FOTOS  
Carlos Bosch

● A pesar de la atención que le han dedicado historiadores y arquitectos, el cementerio de Poblenu sigue siendo un gran desconocido para muchos barceloneses. Sin duda, el abandono al que ha sido sometido durante décadas ha contribuido a este desconocimiento. Afortunadamente, esta tendencia ha cambiado en los últimos años gracias a unos renovados Servicios Funerarios de Barcelona, muy conscientes del patrimonio histórico, artístico y cultural que representan los cementerios de la ciudad. La puesta en marcha de iniciativas como, por ejemplo, la Ruta de los Cementerios (junio de 2004) y la exposición sobre el arte en los cementerios barceloneses (Casa Amatller, noviembre de 2004), contribuyen a popularizar unos espacios que, pese a conservar necesariamente su naturaleza íntima y familiar, ya han pasado a formar parte del patrimonio urbano de Barcelona.

El cementerio de Poblenu, cementerio General de Barcelona, del Este, de Levante o viejo, forma parte de la trama urbana y del imaginario colectivo de Barcelona. Para los vecinos de Poblenu es una referencia más del barrio y así aparece, como no podía ser de otro modo, en la obra

literaria del escritor más prestigioso y querido de este barrio: Xavier Benguerel i Llobet. Desde su primera novela, *Pàgines d'un adolescent* (1930), hasta su emblemática *Icària, Icària...* (1974), pasando por otras ambientadas en Poblenu, como *Suburbi* (1936) o *Llibre del retorn* (1977), el cementerio viejo es un escenario más de la vida cotidiana de los personajes de la rica obra de Benguerel.

Sin embargo, históricamente el barrio y el cementerio se han ignorado mutuamente y han vivido el uno a espaldas del otro, ya que la imponente tapia de la acera de la calle Taulat se contrapone a los edificios de viviendas de la acera de enfrente, lo que elimina cualquier posible diálogo. En los siglos XVIII y XIX, como veremos después, este camposanto fue el cementerio de Barcelona, orientado hacia esta ciudad, pero ubicado en terrenos del municipio de Sant Martí de Provençals; tras la inauguración del cementerio de Montjuïc, en 1883, poca gente fue enterrada en él, puesto que se había quedado pequeño. Después de la agregación de Sant Martí a Barcelona en 1897, se convirtió en un obstáculo para el proceso de crecimiento urbano, aunque para muchos, el cementerio, y más concretamente su tapia, pasó

a ser una de las paredes de las centenares de barracas que existían entre el recinto y la vía del tren, donde actualmente se encuentra el paseo de Carmen Amaya y donde, durante décadas y hasta la remodelación olímpica de 1990, existió un núcleo de barraquismo en el que han vivido miles de barceloneses: el Transcamentiri.

Acercarnos a la historia bicentennial del cementerio de Poblenou nos ayudará a conocer la propia historia de la ciudad y de sus ciudadanos, porque, como dijo el historiador Manuel Arranz, el recinto es una auténtica “lección de historia barcelonesa”.

### EL CEMENTERIO DECANO DE BARCELONA

Los estragos que causaron los brotes de epidemias originaron una gran preocupación por la higiene a lo largo de los siglos XVIII y XIX. En España, la epidemia originada en el cementerio parroquial del puerto guipuzcoano de Pasajes, en 1781 —al tiempo que la Academia Medico-Práctica de Barcelona denunciaba la insalubridad de los de Santa María del Mar y del Pi—, provocó un debate en la corte que culminó con las reales cédulas de Carlos III de junio de 1786 y abril de 1787, que ordenaban la supresión de los cementerios parroquiales y la construcción de nuevos

tempos centenarios. Al cementerio del obispo fueron a parar, fundamentalmente, los cadáveres de personas sin recursos y de las que fallecían en los hospitales.

Unos años más tarde, la guerra de la Independencia no sólo frenó la realización de un proyecto para construir nuevos cementerios, después del brote de fiebre amarilla de 1804, sino que ocasionó la destrucción del cementerio del obispo, construido dentro de la milla estratégica de defensa de la ciudad. Fue derribado por las tropas napoleónicas junto con otras construcciones, como el cementerio de Jesús, en Gràcia, durante el verano de 1813 porque molestaba desde el punto de vista militar.

La singularidad del caso de Barcelona deriva de que la construcción del primer cementerio de nueva planta fuera de la ciudad, edificado entre 1773 y 1775, se adelantó a las disposiciones reales en más de una década, e incluso su proyecto inicial de construcción es anterior. La idea se remonta a 1768, cuando el obispo Josep Climent consigue del monarca unos terrenos que habían sido de los jesuitas, expulsados de España un año antes. El primer cementerio de nueva planta de Barcelona y el primero del país fue inaugurado y bendecido por el obispo Climent exactamente a las tres de la tarde del 13 de marzo de 1775. En la Biblioteca de Cataluña se conserva impresa la intervención que pronunció en catalán, con todos los detalles de la ceremonia. El recinto se reducía a un muro de cierre para evitar las profanaciones y a una capilla que albergaba huesos exhumados procedentes de parroquias y conventos. Nunca tuvo un carácter monumental, por lo que fue criticado por los sectores acomodados de la ciudad, que pretendían seguir siendo enterrados en el interior de los



recintos funerarios fuera de los núcleos urbanos. Carlos III hacía realidad en España los avances en materia de cementerios que se habían producido en Francia y en Italia durante las dos décadas anteriores. Estas medidas de higiene y de aprovechamiento del suelo se producían en un contexto de gran crecimiento demográfico, aunque de estancamiento urbano.

No hay que olvidar que durante la segunda mitad del siglo XVIII el aprovechamiento de las escasas reservas de suelo se convirtió en una preocupación destacada de las políticas urbanas. Muchos de estos espacios eran los numerosos solares de los cementerios parroquiales, como los de Santa

La fachada del cementerio según un modelo de Ginesi. En la página anterior, el grupo “El beso de la muerte”, de Jaume Barba (1930), en que un esqueleto alado sustituye al tradicional ángel de la iconografía religiosa funeraria.





El panteón neoclásico del comerciante Carlos Torrens Miralda, obra de Josep Fontserè. En la página siguiente, cruz de inspiración celta de Leandre Albareda.



**“El diseño propuesto por Ginesi constituyó una aportación personal al lenguaje neoclásico dominante, lo que le valió la crítica del máximo exponente de la arquitectura académica”.**

Después de la polémica sobre el emplazamiento del nuevo cementerio, las máximas autoridades civiles y militares y el obispo Pau de Sitjar determinaron finalmente que el mejor espacio era el que había ocupado el del obispo Climent. En 1818 el Obispado, que de nuevo dirigía y sufragaba las obras, encargó el proyecto al joven arquitecto italiano Antonio Ginesi (1790-1824), que residía en Barcelona en calidad de vicecónsul del Gran Ducado de Toscana. El nuevo cementerio era bendecido e inaugurado el 15 de abril de 1819 y estaba totalmente bajo control eclesiástico. La situación cambió pocos meses después con la restauración del régimen constitucional, que intentó dar más repercusión social a las juntas de obreros de las parroquias con una mayor representación, a pesar de que el dominio episcopal se restituyó plenamente con el regreso al poder de Fernando VII a finales de 1823.

#### UN ARQUITECTO “CISMÁTICO”

El diseño propuesto por Ginesi —que es el que se puede contemplar en la actualidad, con las ampliaciones posteriores— constituyó una aportación personal del arquitecto italiano al lenguaje neoclásico dominante, lo que le valió la crítica del máximo exponente de la arquitectura académica, Antoni Celles, director de la Academia de Arquitectura de Barcelona, con quien Ginesi mantuvo un encendido debate en las páginas del *Diario de Barcelona* a lo largo de 1823. Celles calificó al joven italiano de arquitecto “cismático” por no respetar las leyes de la arquitectura y afirmaba, entre otras cosas, que “el que se separe pues de estos preceptos hasta el grado de hacer de forma piramidal las casas de habitación, y las capillas de los cementerios enriquecidas con nimios adornos, y formadas de partes eterogeneas, tendrá la desgracia de asemejarse a Borromini y a Churriguera, que corrompiendo los bellos principios del arte solo hallaron su celebridad entre los que no racionaron” (17 de abril de 1823).

Sin perder el buen humor, Ginesi le contestó que “infeliz la obra que no merece siquiera la crítica”, para, acto seguido, sentenciar de manera kantiana que “en obras de gusto cada uno tiene su modo de ver; y no todos alcanzan el verdadero modo de ver por más que hayan leído el librito que trata de este arte y que con el mismo en la mano escaminen las obras que se proponen criticar” (30 de abril de 1823). Unos días más tarde, cerrando la polémica, Ginesi concluía que “dejo aparte de contestar a otras impertinentes puerilidades, pues no somos aquí entre niños del aula y me contentaré con asegurar al Sr. A. C. que he visto, como desea, *los jónicos, griegos*



*y romanos*, que he visto *las órdenes de arquitectura*, que sé (como sabe todo pobre estudiante) a que servían las ejederas y el destino que los antiguos daban al friso y le suplicaré finalmente tenga la bondad en adelante de dejarse de estas frioleras escolásticas y de hacerme la justicia de creer que quien ha perdido su juventud y su salud en los desiertos de la Grecia y del Egipto, y dado a luz los más pequeños detalles de los mejores monumentos de todas épocas, sabría sin duda si lo juzgara a propósito, dibujar un orden de arquitectura completo, sin que le faltasen ni una siquiera de sus muchas demasías” (13 de mayo de 1823).

A Celles se le escapaba que, como resultado de sus viajes, Ginesi había escrito la obra *Nuovo corso d'architettura civile dedotta dai migliori monumenti greci, romani, e italiani del cinquecento* (Florencia, 1813, reeditada en 1997) y que, efectivamente, su estado de salud no debía ser demasiado bueno porque el arquitecto italiano moría un año después a la edad de treinta y cuatro años, y fue enterrado en el mismo cementerio que él había proyectado. En Barcelona Ginesi dejó viuda a Dolores Rodríguez, a quien, en 1832, el cónsul general de Toscana intentaba localizar infructuosamente en las páginas del *Brusi* por un asunto relativo a la sucesión del arquitecto italiano.



Panteón proyectado en 1907 por Mariano de Thós, uno de los pocos ejemplos modernistas del cementerio. En la página siguiente, panteón neogótico del arquitecto Josep Oriol Mestres, y otra muestra de construcción modernista, obra de Enric Sagnier.

Una de las principales características del proyecto de Ginesi es el tratamiento igualitario de las galerías de nichos –lo que también irritó a la sociedad acomodada–, complementadas con unas cuantas sepulturas en el suelo, con losas exactamente iguales, y de la misma tipografía, que las del interior de las iglesias, como las que aún se conservan justo después de la entrada en el recinto, de fabricantes de indianas y grandes comerciantes, como Gabriel Bonaplata y Esteve Guilla, que datan de 1819.

El referente que Ginesi imitó es el denominado cementerio de tipo mediterráneo, inspirado en el de Pisa, construido a finales del siglo XIII. Sus principales características son una planta rectangular, de tipo claustal, rodeada de muros perimetrales elevados; una entrada monumental rodeada por

una plaza semicircular; una capilla y dependencias auxiliares al final del eje principal del recinto, en cuyo centro se encuentra un monumento –habitualmente una cruz–, y cuatro departamentos para las inhumaciones. En el caso del de Poblenou, este monumento central es el cenotafio dedicado a la memoria de las víctimas del brote de fiebre amarilla de 1821, que ocasionó más de 6.000 muertos.

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, como ya hacían otras academias similares del resto de Europa, fijó su canon de cementerio prototípico a partir de las principales características del cementerio mediterráneo. Los académicos viajaron por toda Europa y redactaron memorias sobre los cementerios de otras ciudades que había que imitar, como los de Módena, Turín, Liorna o Viena. Como institución



encargada de aprobar los programas arquitectónicos de las nuevas construcciones de edificios monumentales en España, la Academia impuso su canon estético, que se tradujo nítidamente en los grandes cementerios construidos durante las primeras décadas del XIX en Madrid, Cádiz, Sevilla, Granada, Zaragoza y también Barcelona.

En el archivo de la Academia se conservan veintisiete proyectos, resultado de los ejercicios realizados por los estudiantes entre 1787 y 1845; uno de estos proyectos guarda una gran similitud con el de Antonio Ginesi. Se trata de un proyecto de Miguel Arévalo, sin datar, para la ciudad de Valladolid. La fachada, de las mismas características que la del de Barcelona, también integra dos pirámides idénticas a las del italiano. El gusto por la estética egipcia se llevó hasta el límite en otro proyecto no realizado: en noviembre de 1832, Ramon Moler proponía un nuevo cementerio general para Barcelona, basado en una gran pirámide en el centro de una cruz griega.

### LA MONUMENTALIZACIÓN DEL RECINTO

El tira y afloja entre el Obispado y el Ayuntamiento por la gestión del cementerio fue una constante desde su construcción, pero en 1835, en plena revolución liberal, se decantó hacia el lado municipal, cuando una ley transfirió a los ayuntamientos la titularidad de los recintos. El cementerio no pasó de forma irreversible a la esfera del Ayuntamiento hasta el periodo del célebre gobernador civil progresista José Melchor Prat, personaje que se implicó decididamente en la revitalización de la sociedad y la política barcelonesas de mediados del siglo XIX. La nueva etapa tuvo algunas consecuencias relevantes, como la formación del núcleo del recinto protestante, la redacción de un nuevo reglamento que sustituía al de 1819 de la época del obispo Sitjar, el proyecto de la ampliación e incluso la normalización lingüística de los textos de los epitafios con la colaboración de una institución, la Acadèmia de Bones Lletres, que pasaba en aquellos años por un rico e influyente periodo que la convertía en una auténtica academia nacional, mucho antes de la creación del Institut d'Estudis Catalans. Convertido en lugar de paseo para los barceloneses, se tiene constancia de que a mediados del siglo XIX se redactaba una publicación que recogía las inscripciones funerarias más singulares. Una de ellas es, sin duda, el testimonio de un hombre que supuestamente narra en primera persona la causa de su muerte: "Josep Verneda me llamó. Yo, que sin padecer males ni enfermedades, pasados setenta y nueve años, robusto y sano viví, un médico... no diré quién, sólo me visitó una vez, un vomitivo me prescribió, respondí que no lo quería; me dijo que me curaría y morí al día siguiente" (Dpto. 1º, perímetro, nicho 3719).

A principios de 1840, Josep Mas i Vila, al mismo tiempo que trabajaba en la construcción de la fachada neoclásica de la Casa de la Ciutat, construye el pórtico de la entrada principal al cementerio, que anteriormente había sido una simple puerta de acceso, tal y como se puede observar en grabados de títulos de propiedad de diversos años.

**"El tira y afloja entre Obispado y Ayuntamiento por la gestión del cementerio fue una constante desde su construcción, pero en 1835, en plena revolución liberal, se decantó del lado municipal".**



**“Medio siglo después del brote de fiebre amarilla del Trienio Liberal, en 1870, en un nuevo contexto revolucionario, un nuevo brote puso de manifiesto el problema del estado del cementerio”.**

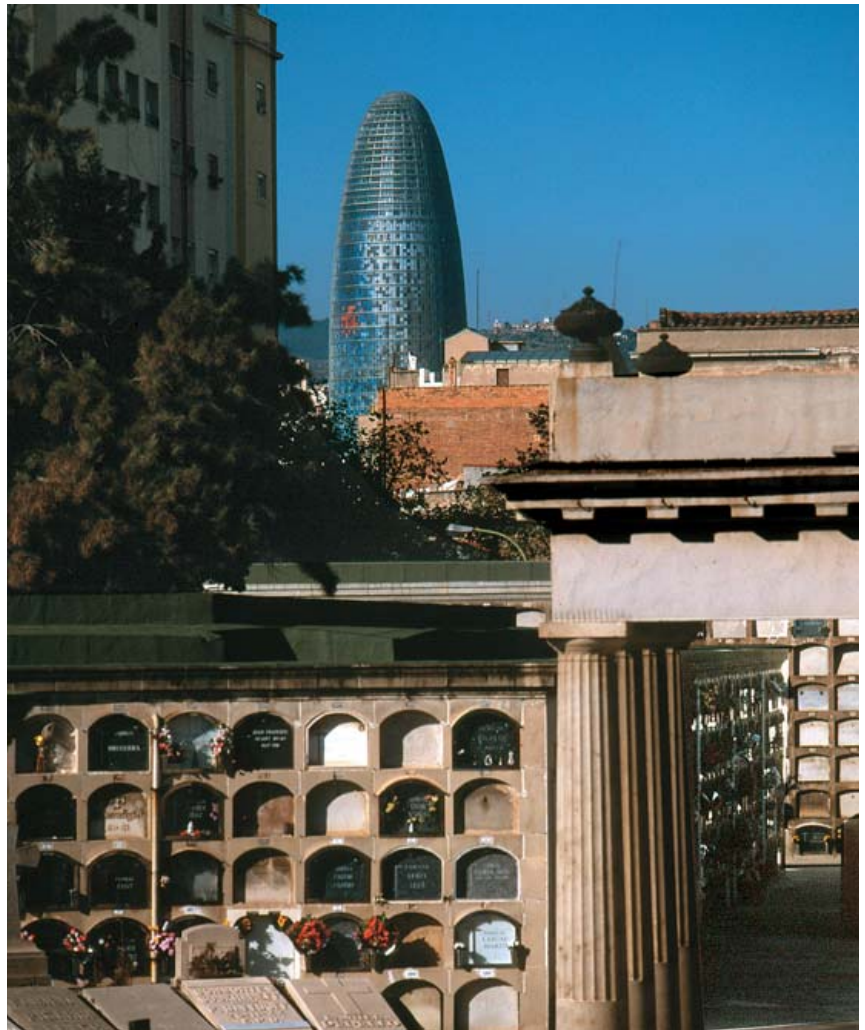
En 1846 –una vez instaurado en el país el régimen moderado conservador–, el arquitecto Miquel Garriga i Roca, en un artículo publicado en las páginas del *Boletín Enciclopédico de Nobles Artes*, propone monumentalizar el conjunto, mediante su ampliación para las clases acomodadas y la construcción de panteones familiares. Un año antes del inicio de los trabajos a cargo del arquitecto Juan Nolla Cortés, en 1848, el Ayuntamiento conseguía anexionar los terrenos en los que estaba situado el cementerio y el paseo que conducía a él (hoy avenida Icària), que hasta entonces aún pertenecían al municipio de Sant Martí de Provençals.

Con los años, en el nuevo departamento se irán concentrando los panteones y capillas monumentales de las grandes familias industriales y financieras de la segunda mitad del siglo XIX, como los Bonaplata, Arañó, Ricart, Jaumeandreu, Muntadas, Güell y Arnús; indianos como Daniel Arabit; los alcaldes Marià de Cabanes y Manuel Porcar; los Brusí; el músico y político Anselm Clavé, y nichos como el del ideólogo Valentí Almirall, entre muchos otros.

Una de las aportaciones de gran calidad de Nolla a la ampliación del recinto de Ginesi fue, sin duda, la nueva sala de juntas. Este espléndido edificio de 1852, que se conserva actualmente intacto en todos sus elementos originales, tanto exteriores como interiores, entre los que destaca el estucado del interior, todavía no dispone en la actualidad de luz eléctrica al igual que el resto del cementerio –a excepción de las oficinas–, que se cierra cuando se pone el sol. En la actualidad, este edificio neoclásico acoge el archivo histórico del cementerio, que reclama una actuación de mejora urgente. En este valioso fondo se conservan los expedientes de edificación de los panteones del recinto y los libros de registro de inhumaciones de los siglos XIX y XX, así como otros expedientes históricos de los cementerios de Montjuïc, Sarrrià, Sant Andreu, Sants, Les Corts y Horta, entre otros.

### LA ASFIXIA DEL CEMENTERIO

En su plano de ensanche, Cerdà suprimía el cementerio de Poblenou y ubicaba uno nuevo en una zona limítrofe entre los municipios de Gràcia y Sant Martí, una vez más en terrenos que no pertenecían al municipio de Barcelona, ubicando en el exterior las infraestructuras incómodas, lo que provocó el rechazo de los municipios del llano, que, aunque consiguieron abortar el proyecto concebido desde la plaza de Sant Jaume, finalmente serían anexionados a finales de siglo.



En 1858, cuarenta años después de su puesta en marcha, se calculaba que desde 1819 se habían enterrado unos 151.000 cuerpos en 12.250 sepulturas. Durante las décadas de 1860 y 1870 la densificación del cementerio fue espectacular ya que se autorizó la construcción de nuevos panteones y capillas laterales en el interior de las manzanas del primer departamento que, hasta aquel momento, habían sido zonas ajardinadas, y la construcción de nuevas galerías de nichos y panteones en el departamento tercero, antiguamente llamado “de los pobres”, donde aún hoy se conservan los pilares de las fosas comunes posteriores a 1855, testimonio genuino de la Barcelona trabajadora, popular y anónima.

Las divergencias entre el Ayuntamiento y la junta autónoma del cementerio, sumadas a la inestabilidad política general, provocó la paulatina degradación del recinto. Medio siglo después del brote de fiebre amarilla del Trienio Liberal, en 1870, en un nuevo contexto revolucionario, un nuevo brote puso de manifiesto el problema del estado del cementerio y el Ayuntamiento recuperó por completo su dirección para intentar dar respuesta a los retos que tenía planteados.

Aunque la ley municipal de 1877 determinaba que la administración de los cementerios era competencia municipal, el





fortalecimiento de la Iglesia durante el régimen conservador de la Restauración reavivó el debate entre el Ayuntamiento y el Obispado, tanto con respecto a la gestión del cementerio como con respecto al emplazamiento del nuevo que se iba a construir. En el trasfondo de la discusión también planeaba una cuestión económica: la mayor capacidad que reclamaba el Ayuntamiento para imponer arbitrios sobre los entierros, en detrimento de los que percibía la Iglesia. Del enfrentamiento entre el obispo Urquinaona y el alcalde Rius i Taulet, que había prometido una nueva necrópolis en la montaña de Montjuïc, salió victorioso el célebre alcalde liberal, que, en 1883, inauguraba el nuevo recinto. Como ya había sucedido con el de Poblenu, poco después de su inauguración, el cementerio de Montjuïc se estrenó dramática y masivamente con otra epidemia, la de cólera de 1885, con más de 1.300 muertos.

La falta de panteones modernistas en el de Poblenu denota claramente que el centro de atención se ha trasladado a Montjuïc. A partir de entonces ya son pocas las familias que construirán nuevos panteones en la zona noble del de Poblenu, como el caso de la familia Prats-Marsó, cuyo panteón se encuentra en la actualidad muy degradado.

Con la regeneración de la vida política municipal, a raíz de las elecciones de 1901, el recinto de Poblenu experimentó una nueva etapa de vitalidad. En 1906 la Comisión de Cementerios propone en el pleno municipal la “neutralización”, es decir, la secularización, de todos los cementerios, no sólo de la ciudad, sino de España. Sin embargo, la iniciativa no contó con el apoyo en los demás ayuntamientos y no prosperó. La competencia exclusiva de los cementerios civiles no pasará a ser municipal hasta medio cuarto de siglo después, con la proclamación de la II República, lo que supuso el derribo de las tapias que separaban los recintos católicos de los civiles y de los de otras confesiones. En noviembre de 1931, a la vez que el gobierno municipal republicano acordaba el derribo de estas tapias, también se acordaba la “continuación imprescindible de las obras de reparación de los nichos y sepulturas en estado ruinoso del cementerio del Este”.

En diciembre de 1938, desde Burgos, el franquismo deroga todas las leyes republicanas y ordena la reconstrucción de los muros de separación, obra que se hizo realidad después de la ocupación en el mes de febrero siguiente. En las décadas de los años cincuenta y sesenta, las obras de mantenimiento (pasa a la página 17)

Arco-capilla de Francesc de Paula del Villar y detalle del panteón de Evarist Arnús, obra de Elies Rogent. En la página anterior, el cementerio con la torre Agbar al fondo. En las páginas siguientes, nicho de “El Santet”, escultura de Rafael Atché y panteón en mármol de Carrara de Andrés Anglada.



## UN ESPEJO DE LAS CLASES SOCIALES EN LA BARCELONA DEL PERIODO 1819-1890



El cementerio viejo, del Este o de Poblenou es parte integrante de los proyectos de futuro que durante el siglo XIX promovieron el desarrollo de Barcelona, y también es resultado de las iniciativas culturales y políticas que dieron forma a la ciudad moderna. Construido en 1819 por Antonio Ginesi, y ampliado entre 1848 y 1852 por Joan Nolla, sus años de esplendor llegan hasta la celebración de la Exposición Universal de 1888. Durante esos años, el cementerio viejo participó plenamente en los procesos históricos que marcaron la evolución de la ciudad, recreó los ideales y ambiciones de sus ciudadanos y fue escenario de los conflictos que los enfrentaron. La inauguración del cementerio de Montjuïc en 1883 inició el lento declive del cementerio de Poblenou. A finales del siglo XIX, el viejo recinto funerario se había quedado pequeño para amoldarse al crecimiento de la ciudad y a la riqueza de sus clases acomodadas.

La continuidad de los esfuerzos de tres generaciones de comerciantes e industriales barceloneses y el éxito de sus realizaciones económicas y políticas no

esconde las profundas diferencias que existieron entre los emprendedores de principios de siglo y sus nietos. Entre una generación y otra está la distancia que separa la determinación revolucionaria de un grupo social en ascenso y en lucha contra el poder de la aristocracia y la Iglesia y el carácter profundamente conservador de una clase, que una vez completada su revolución y conseguido el poder, está plenamente consagrada a preservar sus ganancias y su *statu quo*. La potencia económica de la nueva clase de industriales, comerciantes y financieros barceloneses, así como la consolidación de su poder político, se pone de manifiesto cuando, en el año 1854, comenzó el derribo de las murallas de la ciudad. La caída de la muralla inició la gran expansión urbana de la ciudad por el llano de Barcelona con la construcción del nuevo Eixample.

Si el derribo de las murallas de la ciudad simboliza la pujanza de la burguesía barcelonesa, la construcción del nuevo recinto funerario para mausoleos en el cementerio viejo manifiesta su voluntad de diferenciación social y distinción cultural. La elite barcelonesa destruyó las barreras físicas que impedían su pleno desarrollo económico (las murallas) al mismo tiempo que levantaba muros sociales y culturales para diferenciarse del resto de la sociedad (el nuevo recinto funerario). La creación del nuevo recinto de los mausoleos, la fundación del Banco de Barcelona (1844) y la inauguración de la nueva sede del Liceo en la Rambla (1848) son hechos similares que expresan la pujanza económica y el deseo de prestigio social de la burguesía barcelonesa de la época.

El cementerio viejo contiene la sepultura de muchos hombres y mujeres que protagonizaron momentos o acontecimientos que marcaron la evolución de la ciu-

dad y determinaron su carácter. Las sepulturas de los industriales Bonaplata, el ingeniero Narcís Monturiol, el político Valentí Almirall o el novelista Narcís Oller, entre muchos otros, nos hablan de la agitada historia de la ciudad. También encontramos allí numerosos homenajes a personalidades distinguidas por sus virtudes sociales de trabajo y honradez. Epitafios de la época reconocen la aportación de las nuevas profesiones liberales al progreso de la ciudad. Las dedicadas a médicos y magistrados son las más numerosas. Los nuevos valores eran la ley, la ciencia y el trabajo, y los nuevos héroes, los magistrados, los científicos y los hombres de negocios. Ellos representaban y tenían que garantizar la justicia, el progreso y la riqueza contra la amenaza siempre presente de los privilegios y las desigualdades, la superstición y la pobreza. El nuevo campo de batalla era la ciudad y los nuevos héroes aquellos que la servían.

La Barcelona popular tiene también sus héroes en el cementerio viejo. Algunos, como los serenos que perdieron la vida ayudando a vecinos en una de las muchas epidemias que asolaron la ciudad, representan las virtudes cívicas. Otros, como los trabajadores que murieron fusilados por defender la libertad, nos recuerdan la lucha de la clase trabajadora por el reconocimiento de sus derechos políticos. El más conocido es Francesc Canals Ambrós, "el Santet". Este joven de origen humilde, conocido por su gran bondad y caridad, se convirtió inmediatamente después de su muerte, a la edad de veintidós años, en objeto de la devoción religiosa del pueblo de Barcelona. El culto al "Santet" llega hasta nuestros días.

Elisa Martí López

**“Durante la dictadura franquista el abandono del cementerio fue total. Varias generaciones de vecinos de Poblenuu no pudieron enterrar allí a sus familiares porque no cabía nadie más”.**

(viene de la página 15)

fueron las mínimas, como preludio de la anunciada desaparición del cementerio a causa del Plan de la Ribera de 1966, amparado por Porcioles, que pretendía convertir el espacio en una zona verde en medio de flamantes promociones inmobiliarias. Durante la dictadura franquista el abandono del cementerio fue prácticamente total, tal y como se reconocía a principios de los años setenta en un informe del Colegio de Arquitectos de Cataluña.

La historia del cementerio de Poblenuu a lo largo del siglo XX estuvo marcada por su progresivo declive y deterioro, hasta alcanzar extremos prácticamente insostenibles. Este proceso de empobrecimiento fue paralelo a una situación paradójica. Varias generaciones de vecinos de Poblenuu no pudieron enterrar a sus familiares en el cementerio porque, sencillamente, no cabía nadie más. Aquellos que no tenían en propiedad un nicho o un panteón tuvieron que recurrir a las plazas disponibles en los cementerios más cercanos, sobre todo en el de Sant Andreu. Sin duda, uno de los principales retos con los que se enfrentaba el cementerio –como los del resto de la ciudad, a excepción del más moderno, Collserola– era el régimen de propiedad a perpetuidad que no imponía ninguna obligación con respecto a su mantenimiento, lo que ocasionaba el abandono de miles de sepulturas, bien porque las familias no se hacían cargo de ellas, bien por la desaparición de los descendientes. La reforma de las ordenanzas municipales de cementerios llevada a cabo por los primeros consistorios democráticos contribuyó a mejorar esta situación, aunque también dejó la puerta abierta a acciones tan controvertidas como la supresión del recinto de los protestantes en 1985.

### **DESTRUCCIÓN DEL RECINTO PROTESTANTE**

A mediados del siglo XIX, la llegada a Barcelona de numerosas familias europeas de creencias protestantes propició la construcción de nuevos cementerios civiles, al margen de la administración de la Iglesia. En abril de 1855 una ley autorizaba la construcción de recintos no católicos, aunque estas construcciones no se generalizaron en todo el país hasta la década de 1870, gracias a los avances sociales de la revolución de 1868. En este sentido, Barcelona fue una ciudad pionera porque ya contaba con un recinto para los no católicos desde mediados de siglo.

Las mejoras en la gestión de los cementerios durante la década de 1980 también supusieron, desgraciadamente, la supresión del recinto de los protestantes del de Poblenuu, que fue ampliamente contestada por entidades ciudadanas como, por ejemplo, el Arxiu Històric del Poblenuu. Los





restos reclamados por familiares fueron exhumados y trasladados a otras partes del cementerio. Otras muestras del patrimonio del conjunto desaparecieron, a pesar de su gran valor social, cultural e histórico y todo ello para dar cabida a una cincuentena de nuevas sepulturas y eliminar un espacio que se había convertido en un cercado lleno de malas hierbas por la falta de mantenimiento, tanto por parte de las familias como del Ayuntamiento. Con frecuencia, en la gestión del cementerio ha primado más la rentabilidad económica que su valor cultural e incluso humano. Afortunadamente, la situación ha cambiado de forma sustancial en los últimos años y ahora los cementerios barceloneses no sólo tienen la perspectiva de la modernización integral sino su plena revalorización.

Lo que fue práctica común en los periodos más reaccionarios de los siglos XIX y XX, sin embargo, no debería haber-

lo sido en la Barcelona preolímpica. Años después de la amputación del recinto protestante, el cementerio fue incluido en el Catálogo de Patrimonio Histórico y Artístico. El caso de Poblenou contrasta con lo que ha sucedido recientemente en Santander, cuyo cementerio protestante ha sido incluido en el Inventario General de Patrimonio Cultural de Cantabria por su singularidad histórica y social.

En la actualidad, los restos del recinto protestante se reducen a poco más de tres elementos –un ángel amputado, una lápida y una figura yacente femenina– que ahora se han integrado en la ornamentación de este departamento que acoge buena parte de las sepulturas de familias de etnia gitana, con sus características figuras humanas de grandes dimensiones, algunas de tamaño real, permanentemente embellecidas con numerosas flores.





El reto del cementerio de Poblenuu del siglo XXI es conseguir la plena aceptación de su significado por parte de las instituciones y de la propia sociedad. Hay que seguir recuperando los nichos y panteones deteriorados, que aún son muchos, y mejorando la pavimentación, que se limita a una de urgencia que no se ajusta a la significación del espacio.

#### **IMPLICAR A LA SOCIEDAD CIVIL**

Asimismo, se necesitan fórmulas imaginativas para implicar al resto de la sociedad civil en la mejora del cementerio. Su riqueza artística e histórica es evidente, pese a que esta constatación probablemente no vaya acompañada de las medidas oportunas. El de Poblenuu, como tantos otros cementerios, es un auténtico museo al aire libre. Ya hace años que Oriol Bohigas, cuando otros arquitectos se atrevían a pedir la desaparición del recinto, defendió su naturaleza como catálogo de la arquitectura de la época. Su conservación y las medidas encaminadas a su restauración deberían figurar en un lugar destacado de las políticas de conservación y protección del patrimonio. Las campañas del Instituto Municipal de Paisaje Urbano y Calidad de Vida también deberían extenderse a los cementerios municipales, así como los programas ocupacionales de Barcelona Activa. Y no podemos olvidar las

En la página anterior, peristilo de la capilla del cementerio, proyectada por Antonio Ginesi. Sobre estas líneas, grupo del escultor genovés Fabiani, en un panteón construido en 1880 por Pere Bassegoda.

**“Hay que seguir recuperando los panteones y nichos deteriorados y mejorando la pavimentación interna. Se necesitan fórmulas imaginativas para implicar a la sociedad civil en su mejora”.**

ayudas de las instituciones europeas: recientemente se ha llevado a cabo el proyecto Scene, financiado por el programa Cultura 2000 de la Comisión Europea e impulsado por las ciudades de Bolonia, Liubliana, Estocolmo y Vilna con el objetivo de restaurar panteones monumentales de sus respectivos cementerios.

Los cementerios de Barcelona forman parte de la red de cementerios históricos y monumentales de la Asociación Europea de Cementerios Significativos desde su constitución en noviembre de 2001. Esta asociación reúne a las ciudades anteriores y a una cincuentena más de todo el continente cuyo objetivo es, precisamente, revalorizar los cementerios como patrimonio cultural.

Aunque a nadie le pasa por alto el potencial turístico del cementerio de Poblenuu –la Ruta es un claro ejemplo–, aún se está lejos de sacar todo el provecho a los cementerios de Barcelona, al contrario de lo que sucede con otros del resto del continente. Un ejemplo paradigmático es el de Père-Lachaise en París, que dispone de una página web ([www.pere-lachaise.com](http://www.pere-lachaise.com)) que ofrece, entre otras cosas, una espectacular visita virtual al recinto mediante fotografías interactivas de 360°, con información detallada sobre la historia del conjunto, sepulturas de personajes públicos, etc. También debería estudiarse la constitución de una asociación de amigos de los cementerios, tal y como existe en otras ciudades, como la del Highgate de Londres, donde está enterrado Karl Marx, que cada año recibe miles de visitantes.

Aunque el cementerio está incluido en el Catálogo de Patrimonio, la realidad es que, más allá de la protección de la estructura del conjunto y la prohibición de sustraer elementos de interés, el recinto está sujeto al marco, quizás poco ambicioso, de las actuales ordenanzas. Decenas de panteones de gran valor artístico, de estirpes que han ejercido un papel determinante en la historia social y política de Barcelona, se degradan por la inexorable acción del tiempo y el incomprendible abandono de sus legítimos propietarios.

Los cementerios son extraordinarios espacios de memoria y una fuente singular de conocimiento. El de Poblenuu ya cuenta con algunos trabajos de investigación de referencia ineludible, como los de Jordi Pujol y Margarida Nadal y la guía de Elisa Martí; y es de esperar que en el futuro otros contribuyan a reavivar un tema que, aunque aparentemente no lo parezca, ofrece una nueva perspectiva sobre la vida de los ciudadanos de la Barcelona contemporánea.